

BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA

DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XIV

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

Notas sobre mis Preludios Vascos

Por el P. JOSE ANTONIO DE DONOSTIA

¡Un comentario de los PRELUDIOS VASCOS del P. Donostia, escrito el año 1922 por el propio compositor! Feliz hallazgo, ciertamente, de un manuscrito que los más interesados en conservarle daban por perdido.

Tal como se escribió lo ofrecemos a los lectores del BOLETIN y a todos los amigos y admiradores del P. Donostia. Y no se tome a recurso literario el marco epistolar que lo adorna, puesto que el destinatario no es fingido, sino real, la que fué Excm. Sra. Doña Elisa Page de Calonje, a cuyos ruegos debemos la existencia del precioso documento.

Lecaroz, 29 de junio de 1958.

P. Jorge DE RIEZU

Me pide usted unas notas o explicaciones acerca de mis Preludios Vascos. Se las voy a dar. Pero para comenzar hay que hacerse la pregunta. ¿Estos cuadernitos tienen algo que reconocer como punto de partida al que deban su existencia? Yo diría, en general, que no. Estos poemitas son *pura y simplemente música*, y no tienen más comentario o explicación que la que después de compuestos les he adaptado más o menos bien. Como causa eficiente, no puede señalárseles ninguna, si no es la *necesidad espiritual* mía de escribir música, de trasladar al papel lo que me canta dentro. En hecho de verdad tengo que confesarlo así. ¿Podrá suceder que sin darme cuenta haya habido una determinación más interna motivada por algo exterior, una lectura, un paisaje? Tal vez, pero yo no lo recuerdo. Yo no recuerdo sino esa *imperiosa absoluta necesidad* espiritual mía de escribir música, que entonces se concretó en esta veintena de Preludios, cuadritos pequeños, por serme familiar en aquel entonces el trato con las piezas cortas de Schumann y Grieg... Creo que aparte lo que personalmente haya puesto en mis Preludios como sensibilidad, estos dos autores no son ajenos a la manera de enfocar estos "interiores" y "exteriores", que he bautizado con el título de Preludios Vascos, llamándolos vascos, no sólo por utilizar canciones populares vascas, sino particularmente porque he querido pintar en ellos el alma vasca de aquellos paisajes, de aquellas personas y pueblos.

Su misma forma exterior delata claramente que no pasan de ser unas como manchas o apuntes: que no quieren ser más, no sólo porque así han nacido, sino también por el propósito deliberado de no pedir a una pequeña canción popular más de lo que puede dar, no sólo como forma musical, sino además como tal forma adaptada al *piano*, al instrumento *íntimo* por antonomasia, que, por mucho empeño que en ello se ponga, no es instrumento de grandes salas, y por consiguiente no puede sufrir esas exaltaciones huecas declamatorias que pretenden cambiar su fisonomía espiritual, por otra parte tan encantadora, a pesar de su relativa falta de recursos.

La dificultad técnica no pasa de ser mediana... por la sencilla razón de que mis dedos entonces (y ahora) no alcanzaban a más... y también porque para decir lo que sentía, me bastaba aquel léxico musical... Será pobre si se quiere... pero estoy contento con mi pobreza. Con Fr. Luis digo:

Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto...

Estos Preludios han salido de mi pluma "d'un jet". Escribir cada cuaderno apenas si me habrá costado 15 días. Antes de poner en limpio un Preludio, ya el segundo se impacientaba de no encontrar libre la puerta por donde escapar. Yo no sé si llamar a esto *facilidad...* o vulgaridad. Tal vez por esta ausencia de rebuscamiento he encontrado quien haya vibrado al oír esa música... No lo sé... De todos modos, yo se lo agradezco, agradezco su bondad en darme su alma y permitir que la hayan acariciado manos algo rudas como las mías...

1.—*Improvisación*

Su nombre indica claramente lo que es. Es una armonización de la canción popular, ocurrida un momento que estaba al piano... Data de... 1909 ó 1910... poco más o menos.

2.—*Diálogo*

Le sirve de tema un canto popular muy conocido (que Zabala lo trató en su Canto de las Montañas) y que en su letra original habla de un idilio, que comienza en forma de diálogo y ha sido la causa determinante de que el canto pase de la mano izquierda a la derecha en la exposición del tema, al comienzo del Preludio. Expuesto el tema, viene el comentario en menor: (fa sostenido). Un psicólogo analizador tal vez creyera que podría aplicarse a este pasaje aquello que dice el pueblo: que "mal sabe de amores el que no sabe de dolores". Pero éstos no llegan a ahogar a aquéllos, y el sentimiento del amor cobra nueva fuerza, creciendo cada vez más y venciendo todas las dificultades, hasta llegar a un punto culminante, que es el *fff*. Aquí abate su vuelo, seguro de su victoria; de la pasada tempestad no quedan sino vagos recuerdos en los trinos que suben alejándose cada vez más. Se ha serenado el cielo, y el atardecer tranquilo de dos vidas fundidas en una sola por las mismas inclinaciones de los dos, está representado en la última parte *pp*, en que el tema aparece tratado en canon entre las dos manos. Unos arabescos de la derecha, que acompañan el canto de la izquierda, podrían representar una felicidad completa, una atmósfera deliciosa, la del hogar en que el hombre es el eje central, sostén de la familia, y ella y los hijos los que hacen amable y tibio el aire que allí se respira...

3.—*En el bosque*

Impresión de montaña, del que se siente en ella alejado del ruido de las grandes y pequeñas ciudades. Se oye el silencio bajo

los árboles. Hay ecos, rayos de sol *verticales*, que se filtran entre las hojas; el aire, *horizontal*, tiene una pequeña oscilación, zumba dulcemente. Le hace coro con cierta timidez un pequeño manantial de agua clara, que se desliza calladamente entre las piedras. Lejos se ve un pueblecillo blanco, cuyos habitantes cantan la melodía de su vida *tranquila*, que reflejan el cielo, las montañas, los árboles y riachuelos. Todo es tranquilo y quieto. Y el canto de la Humanidad y el de la Naturaleza toma un carácter de oración, el del trabajo santificado de la gente contenta con su campo y sus montañas.

4.—*Canción triste*

Compuesta sobre un tema original y presentada a concurso en unas Fiestas Eúskaras de 19... No faltó miembro del Jurado que puso su lápiz negro en ella, condenando (¡oh, alma cándida!) algunas extralimitaciones armónicas "atrevidas" (1). La idea directriz fué hacer algo melancólico. Este adjetivo, mejor que el de triste, es el que cuadra a esta composición.

5.—*Danza infantil*

Escena alegre en un pueblecillo, un día de "jueves gordo" o algo así. Hay animación, bullicio, estrépito, algunas veces como en el *fff* central. Pero siempre quiere ser una alegría ligera, nada corporal. Las caras que ríen, tienen ojos inocentes, claros, no enturbiados todavía, como los ojos de los niños que muy endomingados van del brazo de la abuela a oír misa o vuelven al Caserío.

6.—*Dolor*

Es un acompañamiento improvisado a una melodía. Quiere ser un dolor hondo, pero nada aparatoso. Quiere tener una *Innigkeit* schumanniana, la de un estado de alma de ese tipo...

7.—*Cuento del abuelo*

En un ángulo de cocina de caserío está el viejo *aitona*, a quien sus años no permiten sino labores fáciles, traer y llevar las vacas y corderos del campo a la casa, de casa al campo verde contiguo... Hay una ventanita no grande, que da luz a aquel recinto, que el

(1) Alude al Certamen Musical de las Fiestas Euskaras de Zarauz (1912), donde presentó la **Canción Triste** bajo el lema **Orombo**. Cf. *Euskalerriaren Alde*, Año II (1912), p. 539.

tiempo y el humo han ennegrecido con un negro que no tiene nada de lúgubre... Con un sentido pictórico más fuerte que el del más avanzado cubista, la madre ha colocado sobre ese fondo negro unas manchas rojas, blancas, amarillas... de pimientos, requesones, vasijas de cobre, de un sentido decorativo que no tiene nada de ficticio.

Mientras la cena murmura en los pucheros, comienza el *aitona* su vieja leyenda. Hay un movimiento de curiosidad en los pequeños, un cruzar de pies, un arrimar de banquetas bajas, para no perder punto de la narración. Sonrientes aguardan caiga de aquella boca el maná de una vieja conseja. Junto al viejo olivo están los renuevos que de él brotaron. *Sicut novellae olivarum...*

Comienza el viejo Ganitx su narración... *tangible...*

“Muy cerca de aquí, yendo por el camino de... al volver de aquella montaña que tan bien se distingue desde la ventanilla del *sabai*, desde aquel rincón en que solemos poner a madurar las manzanas, aquella montaña que tiene forma de lobo, a la mano izquierda, y que tan bien se distingue cuando sopla el viento sur, ...había...”

Y la imaginación de los pequeños dibuja unos lobos monstruosos, unas montañas como lobos, imaginaciones que, como la hiedra al árbol, se agarran a aquel relato que cae mansamente como una lluvia benéfica en setiembre. Siguen todos sus contornos, melódico-recitativos. Parece como si el viejo *aitona* fuera la nota recitativa de un Gradual o Tracto gregorianos, y las fantasías rápidas de los pequeños, los arabescos que alrededor de esa dominante van naciendo...

Con una moraleja que tiene toda la sobriedad de una melodía diatónica, toda la virilidad de una cadencia que termina en su tónica, llegando a ella por tono entero ascendente, va a terminar aquella leyenda, que es historia para ellos... cuando los pequeños, con los ojos vagamente perdidos, porque miran a otro mundo, interrogan al abuelo: “¿Por qué esto así?” “¿Por qué aquello asao?” “¿Qué fué de... tal personaje secundario?” “¿Y el otro qué hizo?”...

Y el buen viejo satisface aquellas curiosidades que él ha levantado en las cabecillas, como la aurora despierta los gorriones que duermen entre las hojas del laurel... Y colorín colorao, este cuento se ha “*acabao*”.

8.—*Canción del pastor joven*

Estamos en alto, a dos o tres horas del poblado. Hay un horizonte dilatadísimo. En aquel azul del cielo se destaca una línea quebrada de montañas que miran ceñudas al curioso que se aventura por sus dominios. Las primeras líneas, las que parten de nuestros pies, se lanzan al valle atrevidamente. Van rectas hasta el pueblo, medio oculto en la bruma. Por un camino pedregoso sube tranquilamente una carreta de bueyes. La guía un muchachote bien formado, uno de los que inician los *mutildantzak* los domingos al atardecer. Lleva blusa doblada sobre su hombro derecho. Descansan sus manos en la aijada que lleva apoyada en su espalda de lado a lado. A pleno pulmón canta una canción, que habla de un *bersolari* de San Juan de Luz, sin rival entre los de su clase... Hay un momento en que su voz robusta se apaga. Hay un recodo del camino, que nos le oculta a la vista... Y el silencio de aquellas alturas, el valle brumoso, hacen eco, repiten en octava baja las últimas notas de la canción bravía de aquel mozo, canción ritmada, orquestada por las *dolumbas* de los bueyes que suenan tan alegremente...

9.—*Canción de cuna*

Una madre adormece a su hijo. La melodía despidе un perfume de dulzura y melancolía, de cariño e inquietud, porque piensa ella cómo se abrirá a la vida aquel capullo que tiene en sus brazos.

10.—*A la puerta del caserío*

No tiene argumento ninguno. La letra popular de la canción nos habla de un muchacho que va a visitar a su amada. ¿Habré querido pintar, sin darme cuenta de ello, la alegría del muchacho, para quien no hay cuestras en la montaña, ni piedras que hagan resbalar?

11.—*Ronda de mozos*

Hacia 19... iba yo en un tranvía de San Sebastián camino de Hernani, donde se celebraba una peregrinación de terciarios. Coincidió aquel año (era el 12 ó el 13) un aniversario del San Sebastián antiguo... Era un domingo de setiembre, a las 8 de la mañana. La clásica tamborrada recorría las calles despertando al vecindario. Yo la oía a intervalos desde el tranvía. Un gran estruendo que luego se callaba, para volver a sonar con más fuerza. Esas alternativas de estruendo y silencio me dieron la pauta para componer este numerito...

12.—*Cantando a la luz de la luna*

Le sirve de tema una melodía amorosa, que trae Bordes en su cuaderno 12 *Melodías amorosas del país vasco*. El personaje central es un muchacho que pide a la luna le ilumine los senderos de la montaña que le llevan a casa de su amada. Situó este personaje en un paisaje, v. gr. batzanés, bañado por una luz azulada de luna. Es una noche de verano. Mis recuerdos de *juventud*, de la época de mi noviciado, me traen a la memoria ese paisaje en que los álamos, los chopos que crecen junto al río, se alzan inmóviles como agujas de catedral. Enredándose en ellos hay un friso de neblina blanquecina, en que queda prendida la luz de la luna. Silencio profundo, en el que como en un lago caen unas gotas de música de cristal, de un cristal flexible y aterciopelado. Los sapillos cantan en el prado que bordea un camino vecinal.

Por él viene nuestro muchacho. Entona su canción "Argizagi ederra", que parece arrancada de un cantoral antiguo. Dulcemente al principio van desgranándose las notas, que quedan prendidas de los álamos, de la neblina, y que, como los pajarillos, se posan balanceándose en una hierbecilla. Hay una pequeña ascensión melódica, de un corazón que quiere brotar, pero luego se recoge, y termina su estrofa, que se pierde a lo largo del río, llevado sobre la corriente...

El paisaje va adentrándose en el pecho de nuestro mozo, se empapa en él como una humedad... y éste ve que los rayos altos de la luna le hacen coro a distancia. La soledad nocturna, la confianza que le dan estos testigos inanimados, hacen que comience a hervir su amor, su alegría en su pecho; y ya no hay pudor de despertar los pajarillos que duermen en las ramitas de lo alto del árbol, de los renuevos de este año; la soledad le exalta, y canta su amor fuertemente... alegremente, con dulzura emocionada (en el modo mayor)... Una nubecilla pasa por su alma, que quiere recordar algo triste, una lucha habida hace algún tiempo (modo menor)... pero la seguridad de una inteligencia de un retorno al primitivo fervor redondea la frase con una emoción caliente, íntima. Todo el paisaje le hace eco, un eco que responde cada vez más lejos, situado en distintos planos, un eco largo que es la fusión de todos ellos...

El muchacho siente su alma henchida de gozo. Canta a pleno pulmón con una exaltación alegre, casi febril... Toda la Naturaleza repite (en canon) su canción. Las dos almas —la del paisaje y la del cantor— se responden plenamente. Hay entre ambas una

fusión espiritual; por las dos corre un mismo arroyuelo de sentimiento (señalado por un contrapunto de voz intermedia): las dos almas se han mezclado... El cantor calla sumergido en esta atmósfera luminosa, navega por el mar sin orillas de su amor... Los álamos le contemplan inmóviles alejarse. El río lleva el ruido de sus pisadas... La luna le contempla inmóvil... y la neblina sigue enredada en los chopos que se miran, sin saciarse, en el cristal del río...

13.—*Romería lejana*

Desde la ventana de mi celda distingo en invierno un pueblecillo, cuya plaza está formada por grandes casas, de las de balcón de madera corrido, de las de arco de medio punto en la fachada, de las de unas águilas de madera en las que con tinta dorada se habla de los ascendientes célebres de aquella casa: un obispo, un virrey. Estamos en verano. Un hermoso bosque de castaños y robles me oculta las fachadas blancas del pueblecillo. Sin embargo, siento que allí está inmóvil y... alegre, pues oigo el redoblar del atabal. Es domingo. Han terminado las vísperas y la novena... La tarde comienza a correr y ha llegado la hora del baile. Antes de que los mozos bailen el *Mutildantza*, el *chistu* lanza al aire un *Soka-dantza*, para que las muchachas del pueblo puedan bailar un poco. A través de los bosquecillos me llega dulce pero persistente el ritmo del tambor. Es lo único que me indica la presencia en la plaza de unos trajes endomingados que se mueven teniendo por fondo el arco de medio punto de las casas grandes y blancas... La tarde es tibia y muy silenciosa... Sentado junto a mi ventana pequeña leo un librito muy lindo que trata de la Alegría del alma cristiana, de Lombez... Una ligera brisa hace entrar por mi ventana una frase del *chistu*. Parece una golondrina que, equivocada, se mete en un cuarto y vuelve a salir presurosa de miedo de asfixiarse en aquel pequeño recinto. El tambor sereno, imperturbable, sigue redoblando siempre con el mismo ritmo... aquel ritmo que han oído tantas generaciones, y que ha hecho distender sus miembros cansados, en tantas fiestas, tantos domingos como el de hoy... Sigo leyendo... Suenan claras, como una llamada, dos o tres notas del *chistu*... El tambor sigue redoblando siempre dulcemente, como un servidor sumiso... Y aquel ritmo, aquellas notas claras, aquel movimiento silencioso de la plaza, me aparecen detrás de los bosquecillos claros como una claridad de aurora que asomara en el horizonte dentro de los montes. Yo sigo

leyendo ese *Traité de la joie de l'Ame chrétienne* del P. Lombez, en el capítulo de los remedios para curar la tristeza...

14.—*La Hilandera*

No he querido pintar en él, en este Preludio, el consabido motivo tantas veces repetido. Lo he titulado "La Hilandera" siguiendo el texto de la canción popular, que comienza: *Iruten ari nuzu*. Al tratarlo en una forma melancólica, interior, he querido pintar un estado de alma, de un alma joven, candorosa, para quien la menor desilusión constituye, si no un drama, sí una herida: herida que la misma juventud se encarga de curar, y que tiene irisados sus bordes, como los perfiles de las montañas lejanas al caer de la tarde...

15.—*Lágrimas*

Contrastando con el número anterior, he escrito éste de un sentido dramático (musicalmente), que quiere representar el dolor fuerte, hondo, de un alma mayor...

16.—*Cortejo de boda*

Es un tríptico... Ida de los novios a la iglesia, —ceremonia— y vuelta a casa. El ambiente es de alegría. Hay mozos que cantan alegremente.

En la iglesia el órgano preludia. La multitud canta el unisono un viejo coral. Se distinguen las escalas graves y altas de los viejos y los niños. Los pedales del órgano hacen balancear la melodía, como una brisa las mieses del campo...

Va a terminar la ceremonia, y la gente a salir. El *chistulari* temple su instrumento. Se inicia el regreso con la misma melodía que ha acompañado antes el cortejo... El *chistu* parece que quiere excederse en trinos y escalas lanzadas al aire con toda la alegría y fuerza de la juventud.

17.—*El Ruiseñor de Errotazuri*

En Bertizarana unos chiquillos de un caserío consiguieron enjaular un ruiseñor... La tristeza que le acometió al principio de su prisión fué desvaneciéndose con el tiempo... Volvió a cantar el ruiseñor... Cierta día aquellos muchachos decidieron dar suelta al pájaro cantar. Colocaron la jaula en el mismo árbol donde cayó prisionero... Abrieron la puertecilla... y se escondieron... El ruise-

ñor... salió... posóse en la rama... cantó un poquillo y... volvió a la jaula...

El sentimiento que causa la pérdida de la *noción de libertad* en un ser... es la idea matriz que inspira este Preludio... Por eso termina con aquellas interrogaciones...

18.—Zozo-Dantza

Baile popular de Arrarás... Me lo pidieron para publicarlo en la Guía del Congreso de Estudios Vascos de Pamplona, lo que no llegó a verificarse a causa de una huelga de tipógrafos...

19.—Baile de Manzanas

Baile majestuoso, casi desaparecido del País Vasco, que se hace en Carnaval, llevando los mozos manzanas en las manos (de donde le viene el nombre)...

.....

.....

Aquí terminan estos comentarios a mis Preludios... Yo quisiera que ellos hubieran podido suplir lo que falta en éstos... Lo *real* y lo *ideal*, que yo quise confiar al papel... Si los Preludios son pobrecillos de personalidad, estos comentarios lo son aún más. Quedan confiados a la benévola caridad de usted... Acarícelos, como hacemos con los pajarillos que no pueden volar y los calentamos en el hueco de la mano. Todo el calor de simpatía que se les dé, les es necesario a estos hijuelos míos... que lo son también de usted... no sólo por adopción, sino sobre todo por la unidad de alma de quien los estima más que lo hace su autor.

Madrid, 1 junio 1922, 11½ mañana.